

no comprendía, no le era dado comprender la impresión experimentada por el ministro del emperador. Seguía luego una relación grave, enérgica, en la que se resumían las máximas de la Iglesia: ésta había recibido de Dios la misión sublime de guiar á los hombres, ya individualmente, ya reunidos en sociedad, hacia un fin sobrenatural; de aquí se derivaban para ella el derecho y el deber de conocer de la moralidad y de la justicia de todos los actos, internos y externos, en sus relaciones con las leyes divinas, resultando de esto que el fallo de la Iglesia, al referirse directamente á la moralidad de todos los actos, se extendía indirectamente á estos actos mismos. En este sentido podía decirse que la autoridad del imperio dependía de la del sacerdocio, como las cosas humanas dependen de las divinas, las espirituales de las temporales: tal había sido, continuaba diciendo el cardenal, la tradición constante. Después de haber proclamado estos principios, apresurábase el autor del despacho á limitar la aplicación de los mismos y desautorizaba rotundamente toda intromisión directa del poder religioso en los asuntos políticos: «Estos, escribía el secretario de Estado, según el orden establecido por Dios y según la enseñanza de la misma Iglesia, son de la competencia de la autoridad temporal sin que dependan de ninguna otra autoridad.» Precisado de este modo el sentido del *esquema*, pasaba Antonelli á ocuparse de la doctrina de la infalibilidad y negaba que esta doctrina, aunque se erigiese en dogma, pudiera ser causa de debilitación para la autoridad episcopal, afirmando, por el contrario, que al robustecer la autoridad arriba se la consolidaría en todos los grados. Así hablaba el ministro del Padre Santo, el cual, después de haber expuesto de este modo las miras de la Iglesia, se abstenía de sacar de ello conclusiones, reconociéndose en esto una de las habilidades de Antonelli. La cortesía vedaba cerrar la puerta al representante de Francia; pero la prudencia impedía abrirla, y el cardenal, cuidadoso de evitar uno y otro peligro, no oponía á las peticiones del Sr. Daru una negativa rotunda, sino que decía que no dudaba, que no quería dudar de que el gobierno francés, una vez ilustrado sobre el particular, no insistiría más en su demanda. Y en este tono de tranquila seguridad terminaba el despacho.

La respuesta de Roma encontró en París al ministerio más dividido que nunca: Emilio Ollivier persistía en disuadir de toda intervención, y esta opinión, que se había hecho ya casi pública, no dejaba de conquistarle numerosas simpatías en el clero y entre los fieles. «Tiene un fondo muy religioso,» decía hablando de él Pío IX; y el excelente papa sólo una cosa le reprochaba, sus teorías sobre la separación de la Iglesia y del Estado; pero aun en esto cuidaba de añadir con indulgencia: «Son ilusiones de filósofo y de poeta que la práctica de los negocios no tardará en disipar (1).» El Sr. Daru estaba disgustado al ver que su colega no sólo no le apoyaba, sino que, por el contrario, se oponía á sus designios, cruzándose con este motivo entre la plaza de Vendome y el muelle de Orsay algunas cartas que, bajo una forma cortés, casi afectuosa, dejaban traslucir cierta irritación (2). Fuese cual fuere la dife-

(1) Véase Emilio Ollivier, *L'Église et l'État au Concile au Vatican*, tomo II, pág. 202.

(2) *Papiers de M. Daru*.

rencia entre la *tesis* y la *hipótesis*, el ministro de Negocios extranjeros no podía convencerse de que el concilio proclamara principios sin el propósito de procurar más ó menos tarde su aplicación, y presentía, en un porvenir más ó menos remoto, una lucha entre la sociedad religiosa y la sociedad laica. Dominado por este temor, afanábase por encontrar un medio, á la vez respetuoso y eficaz, de advertir y aun de detener, si era posible, á la Curia romana; y era menester, para no descorazonarse, que su convicción estuviese muy arraigada, ya que en sus perseverantes esfuerzos se exponía á que se juntaran contra él los librepensadores, que se burlarían de su intervención, y los católicos ultramontanos, que no estarían muy lejos de indignarse de ella.

El consejo de ministros volvió á deliberar y resolvió no insistir ni en el envío de un delegado extraordinario ni en la comunicación de los documentos; en cambio, respecto de las advertencias del conde Daru, decidióse que los propósitos del gobierno francés se consignaran en un *Memorándum* que sería una respuesta al último mensaje pontificio y se remitiría al Padre Santo, en su calidad de presidente del concilio. Este *Memorándum*, redactado en los primeros días de abril, reproducía con algunas variantes de forma los argumentos aducidos ya en el despacho de 20 de febrero: «Pedimos encarecidamente á la prudencia del Sumo Pontífice y de los Padres del concilio, escribía el Sr. Daru, que supriman del *schema de Ecclesia* todo lo que en el texto publicado y no desautorizado tendría, en nuestro concepto, las más graves consecuencias en el orden legal y en el orden social de todos los Estados de Europa... A menos de negar á las palabras su natural y verdadero sentido, es imposible substraerse al convencimiento de que ese *schema* tendría por fin y por objeto subordinar en todo el mundo la sociedad civil al imperio del clero.» No negaba el ministro de Negocios extranjeros que en ciertas épocas semejantes doctrinas hubiesen sido proclamadas por la Iglesia; pero «ningún pueblo, ningún príncipe las había aceptado, ni siquiera en los tiempos en que la religión católica imperaba en absoluto.» Las diferencias entre el rigor de las verdades abstractas y las tolerancias de la conducta práctica no bastaban á tranquilizar al ministro del emperador: «¿Cabe admitir que mañana, en todas las parroquias de Francia, se enseñe á los hombres que son libres de hacer lo que no son dueños de creer, que deben pensar de un modo y pueden obrar de otro? Esta distinción infigiría á las conciencias delicadas las más dolorosas torturas...» Obsérvese que en el *Memorándum* no se hablaba de la doctrina de la infalibilidad; en este silencio podía verse una concesión á Emilio Ollivier, el cual consideraba, no sin razón, que este debate era de la competencia de la teología pura. El Sr. Daru, obligado á emplear un lenguaje que no dejaría de disgustar, no omitía nada para mitigar el efecto de sus palabras y, sobre todo, rechazaba con la más delicada lealtad la idea de que la resistencia de la Curia romana pudiese apresurar la retirada del cuerpo de ocupación: «Presentamos observaciones, decía por aquel mismo tiempo el ministro á sus familiares; no formulamos intimaciones.»

El *Memorándum* fué comunicado á las potencias para que lo apoyasen: Austria, Prusia y Baviera se adherieron á él por escrito; España y Portugal por medio

de declaraciones verbales. El marqués de Banneville entregó en 14 de abril el documento al cardenal Antonelli y pocos días después fué recibido por el papa: la forma de la nota era tan reservada y la sinceridad del gobierno francés aparecía tan evidente, que un disgusto demasiado visible habría resultado inconveniente; por esto Pío IX acogió el mensaje sin irritación y al mensajero con mucha afabilidad, y aun se mostró pródigo en benévolas seguridades: «Tendré siempre muy en cuenta, dijo, las observaciones del emperador.» En cuanto al fondo, mantívose suavemente inflexible y dijo que no podía comunicar el documento al concilio y que no se lo comunicaría.

La inflexibilidad del Padre Santo no entrañaba peligro alguno, á lo menos por parte del gobierno imperial. En efecto, poco antes había llegado á Roma un telegrama de París concebido en estos términos: «Daru se retira; Ollivier le reemplaza; concilio libre.» La noticia era exacta; más adelante veremos las causas de aquella retirada. El Sr. Ollivier, que acababa de encargarse retinamente de la cartera de Negocios extranjeros, no veía con mejores ojos que el Sr. Daru las máximas contenidas en el *esquema*, pero consideraba, según hemos visto, más peligrosa la ingerencia que la abstención. Su política quedó formulada en un despacho dirigido en 12 de mayo al marqués de Banneville: «Hemos abandonado por un instante nuestra reserva, decía, para dar consejos y presentar observaciones, y el Padre Santo no ha creído deber escuchar los unos y aceptar las otras. En lo sucesivo no provocaréis ni aceptaréis ninguna conversación acerca de los asuntos del concilio con el Padre Santo ni con el cardenal Antonelli, y os limitaréis á informarnos, á tenernos al corriente de los hechos.» El Sr. de Banneville se ajustó fielmente á estas instrucciones. El 18 de mayo escribía: «Desde la entrega del *Memorándum* del 5 de abril, he tenido buen cuidado en abstenerme de todo paso que pudiera comprometer al gobierno del emperador ó mi propia responsabilidad. No he vuelto á ver al Padre Santo ni he sostenido con el cardenal Antonelli más que conversaciones académicas sobre la marcha del concilio.» Ningún consejo pudo conseguir que el gobierno se apartara de esta conducta, ni siquiera las sugestiones de Monseñor Darbois, quien aconsejaba que, como manifestación de descontento, se llamara momentáneamente á nuestro embajador, cosa que él calificaba de *retirada á la Moreau* (1).

## V

La historia del concilio, que, una vez descartada toda ingerencia civil, había de ser únicamente del dominio de la historia eclesiástica, debía circunscribirse á la cuestión de la infalibilidad. Los jefes de la minoría hicieron inauditos esfuerzos y su táctica favorita consistió en acumular los aplazamientos, para de esta suerte llegar al verano y á la suspensión de las sesiones de la asamblea, con la esperanza de que al reanudar ésta sus tareas tal vez los acontecimientos políticos habrían desviado la atención del mundo hacia otros objetos. Pero

(1) Véase Emilio Ollivier, *L'Église et l'État au Concile au Vatican*, págs. 231-236.

la mayoría, que se percató de estos proyectos dilatorios, resolvió frustrarlos, pues consideraba, y de igual opinión era el papa, que el silencio del concilio, después de tantas y tan ardientes polémicas, dejaría en los ánimos la impresión de un resto de duda. «Discutiendo la oportunidad de la definición la han hecho necesaria,» decía el obispo de Angulema, Monseñor Cousseau (2). En un gran número de diócesis, aun de las que estaban regidas por obispos de la minoría, los sacerdotes dirigían mensajes al Padre Santo suplicando que la cuestión se resolviera pronto (3). El día 9 de mayo distribuyóse un nuevo *esquema* sobre la Iglesia, en el que se habían suprimido todas las proposiciones relativas á las relaciones entre la Iglesia y el Estado; esta modificación muy importante y muy oportuna pudo acaso ser una concesión al despacho francés de 20 de febrero y al *Memorándum* que después de éste se envió. En cambio, la infalibilidad del papa estaba definida en términos no equívocos, declarándose infalible al pontífice cuando, «en el ejercicio de su misión de doctor supremo de todos los cristianos, definía con su autoridad apostólica lo que había de ser tenido por artículo de fe por la Iglesia universal en las cosas de fe ó de costumbres.»

Los gobiernos se habían atenido á la abstención, y esta reserva no podía ser del gusto de los polemistas. En el momento en que iba á comenzar el gran debate, los adversarios de la infalibilidad se ingeniaron, ya á título de protesta, ya con cierta esperanza de éxito; para reproducir todos los argumentos formulados desde hacía un año. En Inglaterra, el ilustre Newman se apuraba por tener que defender decisiones ante las cuales su espíritu se inclinaba de antemano, pero que tal vez sería difícil hacer aceptar en todas partes (4); en Francia, el Padre Gratry terminaba la serie de sus cartas que dom Guéranger iba refutando una por una, y se publicó un folleto titulado *Lo que pasa en el concilio*, en el que se exponían interpretaciones infamatorias para la mayoría y para el mismo papa; y en el entretanto, en Alemania, y especialmente en Baviera, se había formado una asociación de sacerdotes y seglares para combatir la política ultramontana. El más absoluto en sus ideas era el Padre Doellinger, el cual, habiéndose encontrado por aquel entonces con nuestro embajador, se lamentó de que los gobiernos no hubieran adoptado una actitud más enérgica frente de la Curia romana. «Si se define la infalibilidad, ¿cuál será la conducta de los obispos alemanes?, preguntóle el diplomático.—¡Ah!, respondió el sacerdote, según todas las probabilidades, retrocederán ante las decisiones extremas; mas no por esto dejará de subsistir en muchos prelados y eclesiásticos un cisma latente, una protesta interior y permanente contra las doctrinas impuestas, lo cual constituirá una enfermedad de la Iglesia (5).»

En medio de todos estos rumores del exterior comenzaron los debates en 13 de mayo. Terminada la

(2) Baunard, *Vie du cardinal Pie*, tomo II, pág. 395.—*Correspondance du cardinal Pie et Mgr. Cousseau*, pág. 496.

(3) Véase Luis Veuillot, *Rome pendant le concile, passim*.—Véase también *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el padre Klein, páginas 243-244.

(4) Carta al arzobispo de Birmingham. (Véase *Le Français* del 10 de abril de 1870.)

(5) Emilio Ollivier, *L'Église et l'État au concile du Vatican*, tomo II, págs. 267-268.

discusión general el día 3 de junio, reanudóse á propósito de los diferentes capítulos. La minoría, aunque privada enteramente del concurso del *tercer partido*, siguió defendiéndose, bien que en retirada; las aspiraciones fueron cada vez más modestas y al fin muchos obispos acabaron por formular un solo deseo, el de que á lo menos se mitigaran los términos de la definición, costando entonces no poco trabajo encontrar una redacción que reuniera todos los sufragios. La discusión, puesta en este terreno, se empequeñecía y la mayoría envalentonada atacaba de día en día con más vigor á sus adversarios en el terreno vacilante y reducido en que aún trataban de defenderse. Pero lo que era desventaja para los debates constituía, en cambio, una gran seguridad para el porvenir, porque ¡cuánto no había de facilitar esta actitud la sumisión!

El 13 de junio se procedió á la votación de la totalidad del *esquema*: hubo 451 votos afirmativos, 88 negativos y 62 condicionales, y habiendo estos últimos hecho necesario un nuevo examen, la minoría intentó un esfuerzo supremo cerca del Padre Santo para lograr que se suavizara la fórmula de la definición y que el papa sólo fuese declarado infalible con el apoyo del consentimiento de las Iglesias, *innixus testimoniis Ecclesiarum*. Pío IX envió la petición al concilio, lo que equivalía á rechazarla; por otra parte, inútil es decir que semejante cambio de redacción habría suscitado nuevamente la controversia. El día 17 todavía Monseñor Dupanloup y Monseñor Strossmayer dirigiéronse por carta al Sumo Pontífice, suplicándole que retardara hasta el mes de noviembre la promulgación del decreto; pero esta comunicación quedó sin respuesta. Al día siguiente debía celebrarse bajo la presidencia del papa la sesión pública en que había de confirmarse solemnemente la definición; y los obispos de la minoría, considerando poco conveniente reproducir su voto hostil delante del Padre común de los fieles, se limitaron á redactar una protesta y se marcharon inmediatamente de Roma. El 18 de julio fué aclamada la definición en San Pedro y en presencia de Pío IX: de 535 votantes, sólo dos obispos persistieron en su oposición hasta el fin.

Las sesiones del concilio se suspendieron y aun en concepto de muchos la misión de la asamblea estaba terminada. A todos los ardores de la discusión sucedió una gran calma, sin que, como acontece en las cuestiones humanas, después de las disputas quedara un resto de agitación. Varias causas contribuyeron á apaciguar los ánimos, siendo la primera de ellas el espíritu que dominaba en el episcopado. «Haga ó proclame el concilio lo que quiera, escribía Monseñor Darboy, la fe nos enseña que estará bien hecho y bien resuelto.» En aquel caso particular, la sumisión era tanto más fácil cuanto

que la asamblea del Vaticano se había limitado á afirmar la enseñanza tradicional; y como la oposición se había fundado, más que en motivos teológicos en consideraciones de orden moral ó social, el sacrificio que la adhesión implicaba no era sacrificio de creencias, sino de opiniones. La profunda veneración de que era objeto Pío IX había de hacer que muchos obedecieran con afán, casi con alegría. «En la contestación de amor al Padre Santo, decía Monseñor Dupanloup, haciendo suyas las palabras de San Francisco de Sales, no me he dejado vencer por nadie (1).» Otro motivo había de contribuir á calmar las conciencias. Si el proyecto de definición había despertado temores, debía ser tanto á lo que él era en sí como á lo que significaba como síntoma, pues se temían los excesos de celo á que podría entregarse una mayoría demasiado segura de sí misma. Bajo este concepto las proposiciones publicadas por la *Gaceta de Augsburgo* habían avivado los recelos; porque, como aquellas máximas, aunque teóricamente verdaderas, exigían comentarios demasiado sutiles para la generalidad de los hombres, era natural el temor de que, impuestas solemnemente á los fieles, provocaran en los espíritus grandes turbaciones y quizás grandes rebeldías. A esto habían obedecido las advertencias del Sr. Daru. Pero las proposiciones habían sido muy prudentemente aplazadas, y siendo esto así, ¿qué quedaba más que una decisión de orden puramente teológico y conforme con la creencia casi universal? Entre los rebeldes el único famoso fué Doellinger. No he hablado todavía del gran acontecimiento que por sí solo habría bastado para suspender las disputas: en la correspondencia del venerable obispo de Metz, Monseñor Dupont des Loges, encontramos una carta escrita á toda prisa un momento antes de salir de Roma y conmovedora como un grito de ansiedad: «¡La guerra! ¡La guerra!, exclamaba el santo prelado. ¡Qué calamidades nos están quizás reservadas! Siento impaciencia por hallarme en medio de mi rebaño.» Cuando los Padres del concilio regresaban á sus diócesis, tívose noticia de los primeros desastres; y en la espantosa angustia de la lucha por la vida, ¿quién hubiera podido en Francia pensar en otra cosa que en la patria? La misma Europa ¿no se hallaba bastante preocupada por el terrible espectáculo para fijar su atención en otros asuntos? Cuando el tumulto se hubo calmado, el concilio del Vaticano, aunque no terminado, pareció ya cosa vieja; y el mundo, solicitado por otras cuestiones, siguió su destino, rechazando unos, en junto, toda revelación sobrenatural y aceptando otros, en junto también, según la fórmula que á los niños enseña el catecismo, «todo lo que cree y enseña la Iglesia católica.»

(1) *Lettre au clergé de son diocèse*, pág. 56.

## LIBRO TRIGÉSIMOCTAVO

### EL PLEBISCITO

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los actos del ministerio.—Apreciaciones algo menos favorables que se mezclan con los elogios de los primeros días.—Lenguaje de la prensa.—El Cuerpo legislativo: debate sobre las *canidaturas oficiales* y consecuencias del mismo.—La derecha: Clemente Duvernois y *Le Peuple français*.—Cómo persiste, á pesar de esos ligeros signos de desagrado, la adhesión general.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo las reformas liberales se habían aplicado principalmente al Cuerpo legislativo, y anomalía extraordinaria que subsistía en la condición del Senado.—Diversas discusiones sobre la composición del Senado y sobre sus atribuciones y tendencia á restringir la esfera de las leyes constitucionales.—Cómo Emilio Ollivier acepta, al parecer, algunas de estas ideas.—Carta imperial de 21 de marzo.—Cómo el proceso de Pedro Bonaparte distrae por un instante de las otras preocupaciones.—Proyecto de senadoconsulto y lo que contiene.—Cómo los senadores juzgan indispensable la sanción popular para ratificar la reforma constitucional.—La idea del plebiscito: embarazo y perplejidad en el ministerio.—Debates en el Cuerpo legislativo sobre el poder constituyente: discurso de Gambetta.—El plebiscito: Emilio Ollivier y sus colegas: dimisión del señor Buffet y luego del Sr. Daru.—El Senado: ponencia del Sr. Devienne: votación del senadoconsulto.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—El período plebiscitario.—El gobierno: amigos entibiados y amigos peligrosos: el Comité central plebiscitario.—Los partidos: singular apuro de los liberales: violencias demagógicas: reuniones públicas; propaganda en el ejército.—Rumores de complots: memoria del fiscal general Sr. Grandperret.
- IV.—Votación plebiscitaria (8 de mayo de 1870).—Los primeros resultados.—Tentativa de sedición en París.—Recuento general de los votos: votos por regiones: votos del ejército y de la marina.—Interpretación que dan los partidos al voto plebiscitario: los republicanos; los imperialistas; los liberales.—Cómo se completa el ministerio: el Sr. Mege, el Sr. Plichón, el duque de Gramont.—Discurso del emperador (20 de mayo de 1870).—Cómo el aspecto general de las cosas es tranquilizador y cómo el mes de junio de 1870 es uno de los más apacibles en la historia del imperio.

#### I

Después de habernos dedicado á agrupar en su conjunto las controversias religiosas á que dió lugar el concilio, hemos de retroceder para volver á ocuparnos detalladamente de los incidentes de la política y para seguir en sus palabras y en sus actos al nuevo gobierno. Ya hemos visto la buena acogida que casi unánimemente le dispensó el país; sin embargo, aquella popularidad, con ser muy real, comenzaba á ser objeto de ciertos ataques. Era todavía la luna de miel, pero velada ya por algunas nubes.

Una de las cosas que más embarazaban á los nuevos ministros era la magnitud de las esperanzas que habían despertado: un entusiasmo más celoso que prudente los había elevado á tanta altura, que en el ejercicio de su cargo necesariamente habían de desmerecer. Ya asomaban las primeras desilusiones, pues la gente, en vez de guardar en la memoria todo lo que aquéllos habían hecho, enumeraba, con cierto desencanto, lo que quedaba por realizar, y sentía ciertas veleidades de reacción contra el exceso de favor, uniéndose en este movimiento los impacientes que no sabían esperar y los envidiosos á quienes toda alabanza importunaba. «Somos hombres honrados,» había dicho el día 7 de enero en el Senado el Sr. Daru: de momento la frase había hecho fortuna y se había repetido con toda clase de halagüeños comentarios; pero muy pronto se hizo observar, en un lenguaje más sereno, que la honradez era cosa muy antigua y que los ministros del 2 de enero no

la habían inventado ni descubierto. Después los juicios aunque todavía favorables, se mezclaron con epigramas ligeros, muy ligeros: se honraba la integridad, pero se ponía en duda que bastase para todo; y el que así hablaba no era un enemigo del gabinete, sino uno de sus amigos, Prevost-Paradol. No estaba lejos el día en que los elogios, prodigados sin interrupción, acabarían por exasperar al público, el cual encontraría demasiado austeros á los ministros y se arrepentiría de su admiración reciente. Este sentimiento no era nuevo; era el mismo que animaba á los atenienses cuando se cansaban de que á Aristides se le denominara el Justo.

La prensa liberal, la independiente y la moderada no negaban su apoyo al gabinete; pero el espacio destinado á los elogios disminuía en la misma proporción que el consagrado á los consejos. Estos consejos tenían á veces un fondo de crítica; y aunque ni las críticas ni los consejos denotaban mala voluntad y mucho menos hostilidad, sonaban de un modo extraño si se les comparaba con las efusiones de los primeros días.

En el Cuerpo legislativo, los miembros de la antigua mayoría, después de un primer momento de sorpresa, habiéndose resignado con el nuevo ministerio y lo habían aceptado por obediencia al emperador y también por el temor de que la Cámara fuese disuelta; pero esta adhesión, aunque se tradujera en votos favorables, en nada se parecía al completo asentimiento que nace de la conformidad de ideas, y el que hubiese prestado oído á las conversaciones de los corredores, habría podido escuchar palabras muy libres mezcladas con dudas, tristezas